



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
México

Carreras Sendra, Natatxa

La politización contemporánea: feminidad y sexo servicio

Bajo el Volcán, vol. 7, núm. 11, 2007, pp. 177-194

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28671113>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LA POLITIZACIÓN CONTEMPORÁNEA:
FEMINIDAD Y SEXO SERVICIO

Natatxa Carreras Sendra

RESUMEN

Se estudian dos grupos ubicados en la ciudad de Puebla: el de las *vestidas* –homosexuales sexoservidores que transforman partes de sus cuerpos y se visten como mujeres– quienes se autodenominan “Las locas de Reforma”, y el conformado por *teiboleras* –bailarinas, desnudistas y sexoservidoras– que trabajan en los *tables dance*. Se examina cómo los procesos de proletarización y racialización¹ en su relación con el género subsumen a ambos grupos dentro de las redes del capital, entendido bajo los impactos posibles de los proyectos hegemónicos neoliberales. El análisis de la vida cotidiana en la configuración de subjetividades de las *vestidas* y *teiboleras* facilita comprender cómo se dan los procesos de clasificación-desclasificación² dentro del entramado del capitalismo.

SUMMARY

This article examines two groups in the city of Puebla: the *vestidas* –homosexual sex workers who transform parts of their bodies and dress as women– who call themselves “La locas de Reforma”; the *teiboleras* –dancers, strippers and sex workers– who work in table dance clubs. We examine how the processes of proletarianisation and racialisation¹ in their relation to gender subsume both groups into the networks of capital, understood in terms of the possible impact of neoliberal hegemonic projects. The analysis of everyday life in the configuration of the subjectivities of the *vestidas* and the *teiboleras* help us to understand how processes of classification and declassification² take place within the framework of capitalism.

PODER, GÉNERO Y SOCIALIZACIÓN

Vestidas y teiboleras son dos grupos que mediante la apropiación e interiorización de ideas de feminidad se ven ubicados dentro de esquemas de desigualdad social a través de formas de dominación patriarcales, discursos-materiales que se producen y reproducen por medio de las instituciones políticas y sociales, las relaciones económicas, los discursos científicos y los medios de comunicación. Lo anterior significa que permanentemente hay que pensar al género como producto de relaciones de poder formadas mediante luchas dentro del proceso histórico entre los grupos dominantes y los dominados. Si el género se hace necesario para crear actos de dominación, entonces hay que comprenderlo siempre como una actuación (Butler, 1990[a], 1990[b], 2002) necesaria para construir la “realidad”, y dentro de este marco los discursos materiales desde el patriarcado y heteropatriarcado se establecen a través de la aceptación y resignación, pero también a través de la coerción y la violencia que esto implica. La manera en que los actores sociales incorporan estos discursos materiales a lo largo de su vida nos permite entender el tipo de relaciones que se generan y la manera en que viven así como la potencia para resistirlos y transformarlos.

En la clasificación y desclasificación de las *vestidas y teiboleras* dentro de los procesos de proletarización, es pertinente analizar cómo éstas han sido impactadas –desde su infancia– por discursos materiales en torno al género y a procesos de racialización. Estos discursos hay que entenderlos como productos históricos que parten de los grupos en el poder, razonando que la lógica del capital no sólo lucha por apropiarse de nuestra fuerza de trabajo, sino de nuestra propia humanidad. Si bien los procesos de proletarización no dejan de estar vinculados con el género y la racialización, es desde los espacios primarios con los procesos de socialización, que la división sobre el género y el estigma que genera la racialización se dejan sentir dañosamente sobre grandes sectores de la población –pobres, mujeres, discapacitados, homosexuales, indios, negros, etcétera–, desde formas de violencia silenciosas y también evidentes. La violencia es una práctica frecuente dentro del proceso histórico

del capitalismo y para el caso de las *teiboleras* y sobre todo de las *vestidas*, ésta ha sido habitual desde su infancia constituyendo parte de su formación primaria.

ESCISIÓN Y LUCHA

Para ambos grupos, sus familias –padres, esposos, hermanos, etcétera– no han sido, ni son, un espacio en el que ellas se puedan sentir protegidas, apoyadas o liberadas. Es la familia uno de los principales espacios reproductores de discursos patriarcales y heteropatriarcales en donde ellas viven negadas. En este sentido la inversión de perspectiva (ver Vaneigem, 1998) es decir, la forma de mirar al poder en asociación con discursos materiales patriarcales y heteropatriarcales desde una visión desreificada, se hace posible cuando el individuo deja de mirar a través de una falsa visión colectiva, de la ideología, o de la familia, entendiendo a éstas en su constitución como formas cosificadas.

Es al interior de sus propios grupos en oposición a sus familias que “Las locas de Reforma” y *teiboleras* adquieren en su cotidianidad, por momentos, un matiz de eso que Heller (1994) tiene a bien llamar “lo comunitario”; es en lo colectivo de sus vidas que ellas pueden sentirse abrigadas, protegidas y reconocidas por ellas mismas. Es así que Heller señala que el objetivo del capital es la disolución de la comunidad en la que está expresada la integración social, unificación de las relaciones materiales y morales con el conjunto social y de la relación del particular con la integración dada en lo colectivo.

Las prácticas en las que se expresan los discursos dominantes sobre el género para el caso de las *teiboleras* se vinculan con el hecho de que éstas son estigmatizadas a partir de que rompen con los estereotipos de las *madresposas* (ver Lagarde, 1990), y es en este mismo lugar de estigmatización en donde cuestionan las prácticas dominantes cuando comentan que dichas mujeres son putas con sus maridos, a quienes se entregan por obligación, a diferencia del *table*, en donde ellas se encuentran en la posibilidad de escoger con quién tener sexo si así lo desean. Poder tomar decisiones sobre sus propios cuerpos, aunque ese hecho en

ocasiones se relacione con la venta de éstos, les permite tener una visión de desmitificación en torno a la imagen del cuerpo femenino. A su vez, las sexoservidoras –ubicadas por los otros, por aquellos que las consumen, por la normatividad de la sexualidad– son objetivadas no sólo dentro de la venta de su actividad erótica, sino fuera del tiempo de trabajo: “...la prostitución, no es solamente un trabajo o un conjunto de actividades, tampoco es sólo una conducta o una forma de comportamiento, es un modo de vida, y ser prostituta abarca todos los aspectos de la vida de la mujer” (Lagarde, 1990: 548).

Para el caso de las *vestidas* estas prácticas pueden ser entendidas de la siguiente manera. Desde una visión general, está el hecho de que las *vestidas*, incluidos los travestis homosexuales o no, traspasen las fronteras del género –hombres que se apropian de una identidad femenina– haciendo evidente la fragilidad y no estabilidad de las identidades masculinas y femeninas, permitiendo abrir espacios teóricos de discusión a favor de la modificación de los discursos dominantes, además de que les permite realizar su deseo aun en contra de los estigmas que esto les acarrea. A nivel particular está el análisis de la violencia ejercida sobre “Las locas de Reforma” por el hecho de ser homosexuales y por renunciar a una masculinidad dominante para apropiarse una identidad subvaluada como la femenina. En esta cotidianidad de la que la violencia es parte constitutiva, las *vestidas* viven una violencia que las escinde. Dentro de estos procesos de fetichización, de estas prácticas de interiorización, las *vestidas* son también sujetos que ejercen violencia.

Siguiendo la lógica anterior es que las *vestidas* infringen los discursos dominantes sobre la división social del trabajo y la normatividad del género, entrando al mercado de la carne, al mercado laboral desde una homosexualidad y feminidad estigmatizada. No se debe olvidar que la violencia que se establece a partir de los discursos dominantes sobre el género no puede ser entendida fuera de su relación con el Estado, los procesos de mercantización y la clase dentro de contextos de poder. Al respecto señala Holloway (2004) que el capital se apoya en instancias que en apariencia son parciales como el Estado, la propiedad, el dinero y la ley para los procesos de escisión entre “nuestro hacer y el hacer del capital”.

En este proceso en el que *vestidas* y *teiboleras* han internalizado discursos materiales sobre las relaciones antagónicas que establece el género, se hace evidente cómo ellas se juegan en dichas diferencias. En relación a “Las locas de Reforma”, este proceso de interiorización se hace manifiesto a través de que asumen que ser “locas”, borrachas y depravadas tiene un costo moral el cual pagan cuando son contagiadas con el VIH, o con las consecuencias que tiene el inyectarse aceites para transformar sus cuerpos. El asumir una posición sexual pasiva frente al otro también expresa las formas en las que han sido interpeladas por los discursos patriarcales y heteropatriarcales. Responde, además, a las prácticas patriarcales a modo de veneración, el hecho de que se vistan de mujeres siempre con la intención de que se les note que son hombres para ser poseídas por otros hombres. Se arrojan una posición pasiva siempre buscando tener una relación con varones masculinos, no afeminados y en este sentido la idea de una relación entre *vestidas* les resulta aberrante.

Las *vestidas* reproducen la violencia cuando no entran en conflicto al contagiar a sus consumidores y mucho más cuando no se preocupan por las consecuencias que implica que la mayoría de sus clientes tengan esposa e hijos. No sólo es a través de contagiar el VIH a sus clientes como las *vestidas* aplican la violencia; es frecuente que les roben, acto que es llevado a cabo después de inducirlos a ingerir bebidas alcohólicas. Asimismo realizan actos de violencia, sobre todo cuando están alcoholizadas en los bares a los que van a trabajar y a divertirse, así como cuando otras *vestidas* invaden sus zonas de trabajo.

La forma en que interiorizan y viven cotidianamente la violencia hace que establezcan fuertes lazos con la muerte, misma que las *vestidas* representan de diversas maneras. “Las locas de Reforma” ignoran selectivamente riesgos mortales en la medida en que siguen trabajando dentro del sexo servicio a pesar de los riesgos que esto implica (expuestas a la violencia física, psicológica y al asesinato por parte de homofóbicos), continúan inyectándose aceite en el cuerpo, siguen bebiendo y drogándose a sabiendas de que se les olvida ponerse el preservativo con lo que se exponen al contagio del VIH o al recontagio de éste. Las *vestidas* también veneran a la Santa Muerte a tal grado que la glorifican a

través de trabajar con ella –le oran, imploran y ponen altares– y considerar el 2 de noviembre como el día de mayor festejo y regocijo en el año. Su relación con la muerte está ligada a un discurso-material de otredad negativa en el que ellas se ven y se asumen como descalificadas, sometidas, violentadas a favor de una “normalidad” de género.

La veneración a la muerte y, de igual forma, ponerse en lugares donde ésta pueda llegar rápidamente, así como el hecho de sentenciar a muerte a terceros cuando los contagian de VIH o los lastiman físicamente, forma parte del proceso de interiorización de la violencia. Aun a pesar de crear espacios donde pueden sentirse más cómodas con lo que quieren ser, la violencia es un acto que van interiorizando en el transcurso de sus vidas y que las acompaña a todos lados. Forma parte inmanente del haber sido orilladas a sentirse objetos de desecho en donde su humanidad les es negada y la muerte no es tan ajena a la vida diaria.

MERCANCIALIZACIÓN Y FEMINIDAD

Las relaciones sociales en la que los cuerpos de *vestidas* y *teiboleras* se mercantilizan (ver Crehan, 1997) permite ubicar cómo el capitalismo cotidianamente infringe una separación abrupta entre el sujeto y el objeto (Holloway, 2004). La clase se constituye de continuo como lucha de clases en una respuesta cotidiana a los procesos en que el capital se apropia del objeto que el trabajador produce. La expropiación del objeto no sólo implica el hurto del tiempo del trabajo –plus-valor– por parte del capitalista; es dentro de los procesos de producción que la capacidad creadora del hombre está puesta en juego, sufriendo las consecuencias de la de-subjetivación. No puede existir la pregunta por la existencia de formas de lucha no clasista. “La lucha de clases es un incesante y diario antagonismo (sea percibido o no) entre la alineación y la desalienación, entre definición y antidefinición, entre fetichización y defetichización” (Holloway, 2004: 79).

Si bien los procesos de fetichización y defetichización son centrales al capitalismo desde sus orígenes a la fecha, los periodos que le corresponden al capital han tomado matices particulares a lo largo de la histo-

ria. Una de las finalidades de este trabajo es mostrar cómo la clasificación y desclasificación en el caso de las *vestidas* y *teiboleras* nos permite explicar el tipo de vínculos que se están estableciendo con los conceptos de género, etnia y racialización (Connell, 1987), dentro del contexto económico y político actual.

Bajo este panorama se hace pertinente aclarar que hay autores que justifican la existencia de la prostitución como anterior a los modos de producción capitalista; en el caso de este trabajo, ambos grupos de sexoservidoras –*teiboleras* y *vestidas*– que aquí se analizan, sólo podrán ser entendidos como parte y consecuencia del capitalismo. Es frente a la necesidad voraz que tiene el capital de apoderarse de la potencia creativa del hombre que ambos grupos presentan características particulares en respuesta al impacto que está teniendo el capitalismo contemporáneo sobre la construcción enajenada del cuerpo. Cabe apuntar que las *teiboleras* y el *table* –mismo que es distinguido por un tipo de variedad en oposición a lo que era el espectáculo del cabaret– no tienen una existencia mayor a quince años en la ciudad de Puebla. De la misma manera, “Las locas de Reforma” cuentan con relativamente poco tiempo de existencia (diecinueve años). En relación con lo anterior, Alejandra Fonseca³ explica que el primer grupo que se organiza y se reconoce públicamente es el de “Las locas de Reforma” y que si bien antes había algunos pequeños grupos aislados,⁴ éstos eran clandestinos, por tanto se veían orillados a trabajar en las zonas más oscuras, deplorables y peligrosas de la ciudad, además de migrar constantemente de un estado a otro.

La imagen de la prostituta como procesos de cosificación había sido trabajada ya por Benjamin en relación a los pasajes sobre la moda, la esterilidad y la muerte. Es con respecto a dicho análisis que Buck-Morss (1989) señala que, contrariamente a la vieja concepción⁵ en donde la fecundidad de la mujer estaba vinculada con la vida antes que con la muerte y de esta forma a la reproducción orgánica, la mujer moderna se apropia de la moda, intentando superar a la muerte al poseer la mercancía inorgánica, en una lucha férrea contra la decadencia natural, la cual se ve acelerada con la maternidad.

La moda es el medio que “seduce (al sexo) más profundamente al mundo inorgánico” al “reino de las cosas muertas”. Por su poder de dirigir el deseo libidinal hacia la naturaleza inorgánica, la moda conecta el fetichismo de la mercancía con el fetichismo sexual característico del moderno erotismo, que “baja las barreras entre el mundo orgánico e inorgánico” (Buck-Morss, 1989: 118).

Así, la moda es el motor que propaga la fragmentación fetichista prostituyendo el cuerpo vivo y reduciéndolo al mundo inorgánico. Es dentro de estas reflexiones que la figura de la prostituta nos permite entender cómo se establecen los procesos de mercantilización- proletarización del cuerpo –al ser éste expropiado por el capital– generando un objeto de deseo a la venta del mejor postor. La prostituta en la venta de su fuerza de trabajo vende la propiedad que tiene sobre su cuerpo. No sólo las sexoservidoras experimentan en su cotidianidad la enajenación de sus cuerpos, ya Marx señalaba que la subjetividad convertida en mercancía es expresión de cómo el capital nunca deja de luchar por el apoderamiento de nuestros cuerpos. La moda y la mercancía, la muerte y el deseo expresan cómo el sujeto siempre es fetichizado por el capital siendo la de-subjetivación corporal mediada por la mercantización.

El sexo servicio de *vestidas* y *teiboleras* es el resultado de un proceso imaginario en la producción de mercancías como respuesta a las formas en que los discursos materiales neoliberales desde nuevas reformulaciones sobre el patriarcado y el heteropatriarcado en su relación con la clase y fenotipos racializados, se articulan en las subjetividades de los individuos. Es así que ambos grupos actúan, simulan y pretenden hacer lo que hacen; en este sentido es que Lefebvre (1984) señala que la vida moderna se rige por un imaginario que crea a un consumidor y el acto de consumo como razón de la felicidad. Tanto las *vestidas* al posicionarse de una identidad femenina y las *teiboleras* al exaltar al máximo ideas de feminidad constituyen la imagen de un cuerpo como mercancía –cargado de mercancías– para el consumo jerarquizado de un público que ha sido conformado en torno al consumo del espectáculo (ver Debord, 2002). En ambos grupos encontramos que los clientes consumen imágenes como mercancías. En el caso de las *vestidas* sus consumidores pueden buscar-

las como hombres activos pero con pechos y *vestidas* de mujer, además como hombres pasivos y *vestidas* de mujer y también como ambos ejemplos al mismo tiempo o como mujeres con pene. Finalmente siempre hombres, no habiendo acto sexual que demuestre más claramente actos de poder y dominación.

De esta manera, explica Debord (2002), todo lo vivido se convierte en una representación, se vive a través de contemplar las imágenes del mundo de la vida por medio de lo no vivo. La vida social moderna se rige fundamentalmente por formas de producción y consumo del espectáculo ya que la realidad vivida se constituye como parte del espectáculo, "... la realidad surge en el espectáculo y el espectáculo se hace real" (Debord, 2002: 40). Lo anterior se relaciona, para el caso de las *teiboleras*, con el hecho de que es poco frecuente que los clientes las contraten para sexo servicio. La mayoría de los usuarios van a los bares a verlas bailar o las contratan para que bailen en un privado una canción en un simulacro de coito a través de frotarse sobre ellos y si llevan suficiente dinero las invitan a su mesa a tomar unas copas. Cientos de clientes que acuden a este tipo de bares, todos los días de la semana excepto los domingos, se conforman con consumir sólo el espectáculo así como platicar y abrazarlas el tiempo que les dura el dinero para invitarles algunas bebidas. Los consumidores momentáneamente poseen el objeto (ver Lagarde, 1990), deseado por todos los ahí presentes. En este sentido, comentó Martín, un entrevistado que frecuenta poco estos lugares:

A mí no me gusta ir demasiado a los *Table Dance*, ya que las relaciones que se dan con ellas son mentira, mientras les estés pagando hacen como que están enamoradas de ti, cuando dejas de pagarles se van y se acaba todo (entrevista de la autora: NCS, 8 de noviembre de 2004).

Dentro de los procesos de proletarización en su relación con el género, la etnia y la racialización, *vestidas* y *teiboleras* ven prontamente decaer su valor al interior del mercado de la carne. Las *vestidas* no únicamente pierden la posibilidad de seguir trabajando a los treinta y cinco años en el sexo servicio por ser viejas para esta labor, sino muchas de ellas mueren

antes de los cuarenta años. En este proceso de sustitución, las *vestidas* también se reemplazan ellas a sí mismas, ya que es habitual que comenten “viejo, puto y feo, preferible muerto”.⁶ *Vestidas* y *teiboleras* tienen que abandonar prontamente sus trabajos porque detrás de ellas vienen sexoservidoras más jóvenes a sustituirlas.

La aceleración en la rotación de bienes de consumo impacta de tal manera que los sujetos se ven orillados a enfrentarse con una cotidianidad de lo prontamente desechable, obsoleto y novedoso. El neoliberalismo está generando una serie de cambios en la vida social de los sujetos, con lo que trastoca las formas de disciplina y control en la construcción social del cuerpo humano. En este sentido el neoliberalismo no sólo afecta el campo de lo económico sino el ámbito de lo político, de la cultura y las relaciones que se establecen entre los tres y, fundamentalmente, la vida cotidiana como el residuo de todas las actividades fragmentadas de la práctica social (ver Lefebvre, 1984). Es alrededor de esta lógica que las *teiboleras* pueden ser ubicadas como un proletariado reciclable teniendo como consecuencia en dicho proceso una devaluación de sus cuerpos –poseyendo un valor declinable a partir de los veinticinco años– como mercancía, por lo que tienen que buscar trabajo en *tables* de más baja categoría como ficheras o en el peor de los casos como sexoservidoras callejeras.

La modernización capitalista tiene como resultado la aceleración del ritmo de los procesos económicos y como consecuencia en la vida social se hace necesario un rápido consumo de imágenes y mercancías que pronto son desechadas para ser inmediatamente sustituidas por otras. El inicio de la sociedad del desperdicio es ubicado por Harvey alrededor de la década de los sesenta en donde no sólo surge el problema de tirar a la basura bienes producidos:

[...] significaba también ser capaz de desechar valores, estilos de vida, relaciones estables, apego por las cosas, edificios, lugares, gente y formas de hacer y de ser tradicionales. Estas fueron las formas inmediatas y tangibles en las que el impulso de aceleración en la sociedad más vasta se estrellaba contra la experiencia cotidiana común del individuo (1995:318).

¿EJÉRCITO DE RESERVA INDUSTRIAL O DESECHABILIDAD?

Las formas de acumulación capitalista y los vínculos que se organizan en torno al género y los procesos de racialización a los cuales *vestidas* y *teiboleras* no son ajenas, tienen que ser ubicados dentro de procesos históricos, de hechos materiales más amplios en donde extensos sectores de la población han sido frecuentemente lastimados, vulnerados y descalificados; acontecimientos que aparecen como naturales dentro de la historia del capitalismo. Si bien son innumerables los momentos en donde este tipo de hechos han ocurrido frente a un capital cada vez más voraz y violento, el análisis de la dictadura en Guatemala realizado por Figueroa (1999, 2000) nos brinda un panorama de cómo las prácticas de violencia y extinción terminan siendo interiorizadas por la población como formas naturales, estableciéndose una otredad negativa en contra de los desaparecidos y asesinados.

Para el caso de Guatemala, más allá de incorporar y reproducir la violencia, la otredad negativa en contra de los asesinados y desaparecidos se establece a tal grado que algunas de las familias de las víctimas generaron sentimientos de vergüenza en torno a su parentesco con ellos. Por otro lado, la cultura de la violencia también expresa la ausencia de la autoridad estatal, de la política gubernamental y de la justicia, en donde los gobernantes gobiernan a través del terror, el exterminio y la desaparición. En el caso de “Las locas de Reforma” y las *teiboleras* no sólo sus familias se avergüenzan y las rechazan, sino también gran parte de la sociedad. Hay momentos en que ellas mismas se sienten “anormales”, por lo que pueden justificar, en ciertas circunstancias, el hecho de ser rechazadas.

En relación a lo anterior también observamos, a través del trabajo realizado por Mbembe (2001), cómo los discursos de otredad negativa son inherentes a la colonia y poscolonia africana. Este trabajo presenta a la violencia como parte constitutiva del continente africano, en tanto que África es el depositario imaginario de incompletud por parte de Occidente desde un discurso-material de otredad negativa sobre su población. La violencia es el resultado que adviene al continente africano a través de la colonia. Desde aquí el colonizador se apropia del nativo, lo

reduce a cosa, lo usa, lo obliga a trabajar y a pagar tributos; en fin, lo mata si así lo desea, siendo unos de los referentes que le permiten a Europa mirarse como *completa*.

Así como África se constituye bajo un discurso con una violencia evidente, Foucault (2001) por otro lado confirma que la normativización se instituye a través de la vigilancia y la disciplina con la que se produce un cuerpo productivo, sano, disciplinado, con su contraparte marginada insana, patológica y no disciplinada, en donde también podría ser ubicado el continente africano. Desde Daniel Ferestein (2000) podemos comprender cómo grandes grupos poblacionales se vinculan con aquellos sectores no normativizados de la población. En el texto *Seis Estudios Sobre Genocidio*, Ferestein aborda el genocidio practicado contra una gran parte de la población alemana, entendiendo que dicha masacre fue posible a partir de una profunda investigación realizada por los grupos en el poder en la organización de obediencia y optimización de la muerte. Se intentaba producir el mayor número de muertos al menor tiempo y costo. Junto con estas formas de organización y disciplina en torno a la muerte se creaba un nuevo orden de discurso-material.

Ferestein explica a partir de las categorías de “normalidad” y “patología” cómo fue insertado el concepto de muerte dentro de una tecnología –en bien del progreso– que hace vivir, pero que precisa reducir al otro a la nada, al asesinato, a la muerte y al genocidio como algo necesario para mantener “la vida” del género humano. El nuevo orden del discurso apunta hacia la otredad negativa sobre amplios grupos, creando una imagen de ese otro no “normativizado”, no “normalizado” como criminal.

Si bien fueron millones los asesinados en “bien del género humano”, ya Foucault (1996) en *Genealogía del Racismo* analizó cómo este exterminio adquiere un matiz de legalidad y legitimación a partir del desarrollo de un racismo de Estado, centralizado y biológico-social. En este nuevo discurso, la otra “raza” no es la que viene desde afuera a invadir y que puede dominar, sino aquella que se produce al interior de la propia sociedad, la que aparece como polaridad, como fractura binaria. Es así que Eric Johnoson (2002) afirma que los acontecimientos que consumaron el Holocausto no podrían haber sido llevados a cabo sin la participación de gran

parte del pueblo alemán. Por un lado, la masacre fue perpetrada tanto por especialistas como por hombres comunes que también llegaban a tener un extenso margen de decisión. Por el otro, si bien al principio de la guerra no todos los alemanes estaban enterados de la desaparición sistemática de miles de hombres, mujeres y niños (en su mayoría judíos), es difícil pensar que con el paso del tiempo no se dieran cuenta de lo que estaba pasando. Aun así la gran mayoría no hizo nada por oponerse.

Parte de la instrumentación del exterminio es realizada a través del aniquilamiento paulatino del otro; toda la condición que tiene el sujeto para sí, su capacidad para apropiarse de su propia experiencia y práctica, es expropiada, escindida, se le despoja de la posibilidad de posicionarse de su propio cuerpo y de la noción de igualdad de la misma especie humana. Junto con este proceso de exterminio se va creando un discurso hegemónico, difundido en toda la sociedad, que justifica el asesinato, secuestro o desaparición. Se produce la purificación a través de la construcción negativa, de un discurso ideológico-material que reduce a las víctimas a la nada. Al respecto dirá Marta Torres que: “El ejercicio de la violencia es en sí mismo una negación de la humanidad del otro” (2001: 46). En el caso de las *teiboleras* y *vestidas* se da una especie de resignación o pago simbólico en el sentido de tener que aguantar el rechazo, hostigamiento y violencia por el hecho, en el primer caso, de ser mujeres-prostitutas y en el segundo, homosexuales, *vestidas* y también sexoservidoras.

Bajo dicho panorama histórico de depredación, Agamben señala que desde la Alemania nazi en la que se suspendieron los artículos de la Constitución a las libertades personales hasta los contemporáneos países democráticos, se ha establecido un constante Estado de excepción en el que se permite eliminar a adversarios políticos así como categorías enteras que no son integradas en el sistema político; “... el estado de excepción tiende a presentarse cada vez más como el paradigma de gobierno dominante en la política contemporánea” (Agamben, 2004: 11).

Al seguir lo anterior Agamben (2004) establece cómo el dictamen presidencial estadounidense, el 13 de noviembre del 2001, instituyó el procedimiento indefinido de detención –por la comisión militar– a los no-ciudadanos sospechosos de estar implicados con el terrorismo. Estados

Unidos priva de ciudadanía indefinidamente anulando toda identidad jurídica al extranjero “sospechoso”. Se produce una persona jurídicamente innombrable. Así como a los judíos se les privó de su ciudadanía durante la Alemania nazi, los talibanes capturados en Afganistán o los musulmanes en Irak pierden su identidad jurídica y hasta su estatuto de prisioneros de guerra. No son ni prisioneros ni acusados, son sólo detenidos indefinidamente, quedando fuera de la ley y el control jurídico.

En el momento en que la política se convierte en biopolítica al apropiarse de la vida común se constituye en política totalitaria, dando vida al *homo sacer* (ver Agamben, 1998). En el instante en que la vida desnuda le pertenece a la política, las decisiones y límites de ésta quedan rebasados en el Estado de excepción. Las decisiones políticas sobre la vida se pueden convertir en decisiones sobre la muerte en el Estado moderno. Los derechos del hombre establecidos, desde el Estado de derecho dentro del sistema del Estado-nación, pierden sentido cuando el ciudadano no forma parte ya de un Estado, hecho que se hace evidente dentro de los campos de concentración nazis en donde los derechos del hombre son fracturados. La distinción entre vida y derecho no es algo que preexista a la organización biopolítica; la vida desnuda es producto de ésta. La contradicción que establece el hecho de que la vida se ubique fuera del vínculo con el derecho y éste sin la relación con la vida, es efecto del Estado de excepción.

El poder gubernamental contiene como vacío al Estado de excepción que cuando se ejerce su no relación con el derecho⁷ tiene como norma una no relación con la vida, negando la humanidad de los otros. Los discursos de otredad negativa en relación al género, la clase, la etnia y los procesos de racialización sobre grandes grupos sociales son producto de un vacío, de la cancelación del Estado de derecho –o la otra cara de la ley– en donde *vestidas* y *teiboleras* se ven trastocadas. Es dentro de esta lógica que ambos grupos tienen tempranamente un valor declinable (ver Wright, 2001). Para ambos casos lo anterior se relaciona con dos sucesos: el primero es que muy jóvenes ya son viejas para trabajar en el sexo servicio, siendo habitual en el caso de las *vestidas* que mueran antes de los cuarenta años por causa del SIDA o por inyectarse aceite. El segundo

hecho está asociado con los discursos materiales de otredad negativa en contra de la homosexualidad, la prostitución femenina y la pobreza, hechos que se evidencian en ambos grupos cuando homofóbicos o clientes en general las golpean, raptan, violan o matan.

Para las *vestidas* y *teiboleras* estos discursos son represivos y se hacen evidentes en su cotidianidad, aunque por otro lado son asimilados como hechos naturales. Desde esta óptica *teiboleras* y *vestidas* sexoservidoras de la ciudad de Puebla y de Chiapas (ver Ronquillo, 1994), los travestis en Colima (ver González, 2003), las muertas de Ciudad Juárez (ver Wright, 2001), el asesinato y desaparición forzada de hombres y mujeres durante las dictaduras guatemaltecas (ver Figueroa, 1999,2000, 2001a, 2001b), la muerte sistematizada de judíos en la Alemania nazi (ver Feirstein, 2000), el derecho de colonización sobre el continente africano (ver Mbembe, 2001), y la pérdida de los derechos civiles (ver Agamben, 1998), son muestras claras de cómo los procesos de otredad negativos en contra de grandes sectores de la población acaban reduciéndolos a ocupar lugares en donde su humanidad es negada.

Se hace pertinente mencionar que dentro de esta visión política en contra de amplios sectores de la población, *vestidas* y *teiboleras* no son consideradas un enemigo reconocido públicamente por parte del Estado y los aparatos del poder. Los discursos en contra de las *vestidas* y sexoservidoras en general atraviesan a la población de manera silenciosa, por lo que no se salvan de ser grupos estigmatizados y rechazados por grandes porciones de la población. Dentro de la lógica de la limpieza étnica, las *vestidas* son estigmatizadas hasta por los propios grupos gay que no son travestis ni *vestidas*. “Las locas de Reforma” no sólo son identificadas como depravadas y locas por transformar sus cuerpos y vestirse de mujeres, sino también están catalogadas como pobres, ignorantes, violentas y estigmatizadas por su pasividad sexual.

El proyecto económico neoliberal con sus formas más flexibles de acumulación y de aceleración en la rotación de bienes de consumo –sobre la creación de una mercancía como espectáculo, una mercancía que vende y se transforma para su venta–, se apropia de los discursos de otredad negativa sobre el género, la etnia y los procesos de racialización,

generando tipos particulares de trabajadores. La división sexual del trabajo, los procesos de racialización y de diferenciación étnica existen desde antes del capitalismo,⁸ pero será a partir de su encadenamiento con sus formas de producción que éstos se potencian, siendo muchas de estas formas de desigualdad necesarias para el funcionamiento de la sociedad capitalista. Son los grupos de *vestidas* y *teiboleras* los que me brindan la posibilidad de detallar dichas desigualdades a través del análisis de su cotidianidad, así como sus formas de lucha.

REFERENCIAS

- Agamben, Giorgio, 1998, *Homo Sacer*, Stanford California, Stanford University Press.
- _____, 2004, Estado de Excepción. *Homo sacer II,1*, España, Pre-textos.
- Buck-Morss, Susana, 1995, *Dialectica de la Mirada. Walter Benjamín y el Proyecto de los pasajes*, España, Editorial la balsa de la Medusa, 79.
- Butler, Judith, 1990 [a], *El Género en Disputa. El Femenino y La subversión de la Identidad*, México, Editorial Paidós.
- _____, 1990 [b], "Variaciones sobre sexo y género: Beauvoir, Wittig y Foucault", en *Teoría feminista y teoría crítica. Ensayos sobre la política de género en las sociedades del capitalismo tardío*, Valencia, Ediciones Alfons el Magnanim.
- _____, 2002, "Críticamente subversiva", en Mérida Jiménez, Rafael, *Sexualidades transgresoras, una antología de estudios queer*, Barcelona, Editorial Icaria.
- Connell, R. W., 1987, *Gender and Power. Society, the person and sexual politics*, Stanford, California, Stanford University Press.
- Crehan, Kate, 1997, *The Fractured Community*, Berkeley, University of California Press.
- Debord, Guy, 2002, *La sociedad del espectáculo*, España, Editorial Pre-Textos.
- Feirstein, Daniel, 2000, *Seis estudios sobre genocidio. Análisis de las Relaciones Sociales: otredad, exclusión y exterminio*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Figueroa, Carlos, 1999, *Los que siempre estarán en ninguna parte. La desaparición forzada en Guatemala*, México, Editorial BUAP/ GAM/ CID.
- _____, 2000, "Violencia y cultura del terror. Notas sobre una sociedad violenta", México, *Bajo el Volcán*, año 1, núm. 1: 67-83.

- _____, 2001a, "Naturaleza y racionalidad de la violencia", en Tischler Visquerra (coordinador), *Conflicto, violencia y teoría social. Una agenda sociológica*, México, Universidad Iberoamericana/BUAP.
- _____, 2001b, "Dictadura, tortura y terror en América Latina", México, *Bajo el Volcán*, año 2, núm. 3: 53-74.
- Foucault, Michel, 1996, *Genealogía del racismo*, Buenos Aires, Editorial Altamira.
- _____, 2001, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México, Editorial Siglo XXI.
- González Pérez, César O., 2003, *Travestidos al Desnudo: homosexualidad, identidades y luchas territoriales en Colima*, México, Editorial CIESAS y Porrúa.
- Harvey, David, 1998, *La condición de la posmodernidad*, Buenos Aires, Editorial Amorrortu.
- Holloway, John, 2004, *Clase = Lucha. Antagonismo Social y Marxismo Crítico*, Argentina, Ediciones Herramienta.
- Johnson, Eric, 2002, *El Terror Nazi. la Gestapo, los Judíos y el Pueblo Alemán*, Barcelona, Editorial Paidós.
- Lagarde, Marcela, 1990, *Cautiverios de las Mujeres: Madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Mbembe, Achille, 2001, *On the postcolony*, Berkeley, University of California Press.
- Ronquillo, Víctor, 1994, *La muerte viste de rosa, el asesinato de los travestis en Chiapas*, México, Editorial Roca.
- Sider, Gerald, 2003, *Between History and Tomorrow. Making and Breaking everyday life in rural Newfoundland*, Canada, Broadview press.
- Torres, Marta, 2001, *La violencia en casa*, México, Editorial Paidós.
- Wright, Melissa, 2001, "The Dialectics of Still Life: Murder, Women, and Maquiladoras", Camaroff, Jean and Camaroff, John (ed.), *Millennial Capitalism and the Culture of Neoliberalism*, London, Duke University Press, Durham and London.

NOTAS

¹ Si bien las investigaciones hechas en Estados Unidos y sus traducciones utilizan el concepto de "raza" para establecer diferencias genotípicas y fenotípicas entre un grupo y otro, como anglosajones, afroamericanos, hispanos, indios, asiáticos, etc., en el caso de México esta división no existe. Por tanto, para este trabajo se utilizarán los conceptos de "racialización" o "fenotipo racializado"

cuando estemos aludiendo a procedimientos en que la selección o diferenciación entre las *vestidas* y *teiboleras* se realiza a partir de su distinción fenotípica.

² El concepto de clasificación-desclasificación a lo largo de este trabajo es usado en torno al análisis realizado por John Holloway (2004) sobre la dialéctica de fetichización-desfetichización, entendiendo al capital como aquel que clasifica a la clase y la desclasificación como la lucha por no ser clase.

³ Jefa del Departamento Psicológico de los Juzgados Calificadores al que pertenecía el Programa de Atención a Personas con Problemas de Convivencia Urbana (PAPPCU) en el Ayuntamiento de 1986 a 1995. Fungía como defensora de los Derechos Humanos de los grupos de prostitución callejera masculina y femenina ante los Juzgados Calificadores, Ministerios Públicos Estatales y Federales, además de ser la persona que ayudaba a recuperar los cadáveres de sexoservidores del Servicio Médico Forense y de hospitales particulares.

⁴ Cabe señalar que ya desde principios del siglo pasado se encuentran en los expedientes del archivo general del Ayuntamiento registros de sexoservidores *vestidas* que trabajaban en algunos lupanares y calles de la ciudad de Puebla.

⁵ Esta visión de naturaleza tradicional es contrapuesta a las formas de producción industriales del siglo XIX.

⁶ La apropiación de una identidad femenina reificada, frente a la vejez, hace que ésta deje de tomar sentido. Al respecto señala Bourdieu que las mujeres tienen que invertir grandes cantidades de tiempo, dinero y energía en ropa, cosméticos y, finalmente, en cirugías estéticas con el fin de adquirir valor social frente a la mirada de los otros; "...las mujeres están condenadas a experimentar constantemente la distancia entre el cuerpo real, al que están encadenadas, y el cuerpo ideal al que intentan incesantemente acercarse" (2002: 87).

⁷ La excepción misma queda integrada en el orden jurídico. El Estado de excepción no está ni dentro ni afuera de la ley. Es un lugar de absoluta indeterminación entre anomia y derecho.

⁸ Sider indica al respecto: "Sin dejar en absoluto al capitalismo fuera de esta aterradora y rutinaria destructividad y de este oportunismo incontrolable, las mayores implicaciones de la producción continua de desastres sociales tendrá mucho que ver con las contradicciones de la ciudadanía y con la incapacidad del capital de generar y encausar todas las desigualdades que son necesarias para su continuación" (2003: 10).